

Reflexiones en torno al quehacer «investigativo» en filosofía en América Latina¹

Andrés Bobenrieth M.²

En su libro *Conflicto de Representaciones* (2010) José Santos reflexiona en torno a “América Latina como lugar para la filosofía”. En el prefacio él nos cuenta que después de terminar su Doctorado en Alemania en la ética de Kant retorno a Chile y llegó a ser profesor en la Universidad de Talca, y entonces le aflora una pregunta inevitable: ¿Y ahora qué? Su caso es similar al de tantas personas que han hecho grandes esfuerzos por tener la mejor educación filosófica que pudieran obtener en sus respectivos países latinoamericanos y después ir —si ello era posible— a alguna destacada universidad en Europa o Estados Unidos. Después de 10 o 15 años de *Bildung* filosófica llega el momento donde uno tiene que preguntarse: ¿qué voy a hacer con todo este conocimiento sobre la tradición intelectual que se conoce como filosofía y que ha sido desarrollada principalmente en Europa y en segundo lugar en Norteamérica? (Con el perdón de los mexicanos, aquí hablaré de Norteamérica sin incluir a México).

Una respuesta obvia es: ‘trata de ser parte de ella’. De modo que muchas personas se han dedicado a trabajar con intensidad en problemas, autores y obras que pertenece al amplio campo que se considera como filosofía en el mundo Occidental.

¹ Hablé sobre este tema, si bien más orientado hacia la Metafilosofía en general, en el XXIII Congreso Mundial de Filosofía en Atenas en agosto 2013. Luego fui invitado a dar una ponencia semi-plenaria en el III Congreso Nacional de Filosofía organizado por la Asociación Chilena de Filosofía (ACHIF) en noviembre de 2013 en Valparaíso, ocasión para la cual decidí escribir este texto. Luego fui invitado a darlo como “Conferencias ANPOF” en el marco del XVI Encuentro Nacional de la Asociación Nacional de Posgrado en Filosofía (ANPOF) de Brasil en octubre 2014. En todas estas ocasiones recibí muy valiosas intervenciones de los asistentes.

² Email: andres.bobenrieth@uv.cl

Si uno busca el surgimiento de esta opción la puede encontrar en el proceso de “profesionalización” o, si quiere usar el término de Romero, de “normalización” de la filosofía en América Latina. Fue un proceso que sucedió especialmente entre los años 20 y 60 del siglo XX en algunos países de América Latina, particularmente con la creación de estudios universitarios de filosofía no eclesiásticos. Así sucedió en la Universidad de Chile en 1935, en Colombia en 1942, y antes en Argentina y México. Estos estudios buscaban establecer una diferencia con una serie de pensadores del siglo XIX y el principio del siglo XX que escribieron sobre una diversidad de temas que eran filosóficos o muy relacionados con la filosofía, pero que no tenían una formación específica o profesional en filosofía en sus estudios universitarios. El propósito también era separar los estudios de filosofía de la tradición escolástica, y sus vínculos con el Latín, con miras a sumergirse en la filosofía europea de esos tiempos, escrita en alemán, francés, o inglés. Al principio fueron fundamentales las traducciones hechas en España, hasta la Guerra Civil, y luego las que se hicieron principalmente en México y Argentina. La tarea era leer directamente las obras de filósofos no escolásticos, tales como Descartes, Kant, Rousseau, Hegel, Comte, Marx, Husserl, Heidegger, Sartre, solo para mencionar los más importantes. En ese primer periodo los profesores de las universidades latinoamericanas provenían de las escuelas de Derecho o de Ciencias, pero ellos se dedicaron muy especialmente a leer y trabajar sobre las obras filosóficas de tales autores. Ellos formaron a jóvenes que se graduaban en filosofía, o que al menos tenían estudios sistemáticos en filosofía, y que rápidamente comenzaron a enseñar en las mismas universidades; algunos de ellos se fueron a Europa a hacer estudios de postgrado, y unos pocos a universidades estadounidenses. Esta nueva generación se dedicó al trabajo académico sobre estos autores, y entonces se convirtió en una tarea muy importante leerlos en sus idiomas originales. Cuando ellos volvieron a América Latina siguieron estudiando estos filósofos europeos (y en menor grado norteamericanos) y trajeron consigo a otros filósofos como Nietzsche, Foucault, Gadamer, Popper, Russell, Wittgenstein, Adorno, Marcuse, etc., etc.

Ahora bien, hacia el final de este proceso, se fue desarrollando un movimiento de “Filosofía Latinoamericana”, especialmente a partir de los 50s, 60s y 70s, primero relacionado con el llamado «indigenismo» y luego con la filosofía y teología de la liberación. En ese contexto, preguntarse: ¿qué es hacer filosofía en América Latina? se convirtió en un asunto importante. Se han escrito muchos destacados textos en este sentido, desde muy diversas perspectivas. Están los ya clásicos de Alberdi, Romero,

Ardao, Zea, Salazar Bondy, Frondizi, Roig, Salmeron, Miro Quezada, Dussel, solo para mencionar los que más se suelen referir (algunos de los más representativos están incluidos en una antología que hicieron en Venezuela en 1988³). Todo ello configura lo que Sasso caracteriza como “el pleito, si se quiere metafilosófico, que ha escindido a los practicantes de la disciplina en América Latina” (SASSO, 1998: p. xii). Hay dos excelente libros al respecto, que presentan y analizan a profundidad dicha controversia: el de Pepe Santos, antes referido, y el de Javier Sasso: *La filosofía latinoamericana y las construcciones de su historia* (1998).

No es mi propósito aquí tratar esa controversia directamente, y a quien le interese lo remito a los textos antes señalados, si bien mas adelante les leeré unas citas que son muy representativas de ella. Aquí quiero concentrarme en la posición que considera que la filosofía es la misma en cualquier parte y que no tiene mucho sentido hacer una filosofía «localizada». Estimo que la mayoría de los profesores de las universidades latinoamericanas han tenido esa visión. Por lo menos lo pudo asegurar con relación a la gran mayoría de mis profesores.

Estos profesores nos dijeron que teníamos que estudiar la larga tradición filosófica occidental y que llegaría un momento en el que a través de nuestro duro trabajo la situación se «normalizaría» y nosotros seríamos parte de esa tradición, independientemente de donde trabajáramos. La tarea era entonces vincularse lo más profundamente posible en algún aspecto de esa tradición, trabajar en ella, escribir tesis de doctora sobre eso, y luego publicar artículos y libros sobre ello, siempre tratando de estar lo más actualizado posible con lo que estaba sucediendo en los principales círculos académicos en Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, y algún otro país. Estos profesores decían algo como: ‘algún día te darás cuenta que ya eres parte de esa tradición’. Bueno, y no eran solo mis profesores, he encontrado un texto de Miro Quezada que lo dice tal cual (cf. MIRO QUEZADA, 1988: 422). Es más, uno de los profesores que me lo dijo explícitamente fue Guillermo Hoyos (quien falleció el año 2013).

Esta visión de la filosofía no tiene un nombre completamente establecido. Raúl Formet-Betancourt dice que en un congreso en La Habana de 1953 se habría hecho consciente la división en la vida filosófica en América Latina entre dos frentes:

³ GRACIA, Jorge y JAKSIC, Ivan (eds.) (1988): *Filosofía e Identidad cultural en América Latina*. Caracas: Monte Avila.

...el de los universalistas que rechazan la idea de una «filosofía latinoamericana» como algo absurdo y sostendrían la tesis de que la autenticidad del filósofo latinoamericano consiste en el esfuerzo serio por pensar a fondo los grandes problemas de la humanidad; y el frente de los regionalistas, defensores de la necesidad de un proyecto filosófico que responda y corresponda a la especificidad del continente, [...] (FORNET-BETANCOURT, 1992: 39)⁴.

Y luego señala que la terminología vendría de Miro Quezada⁵.

Por su parte Sasso opone universalista vs. americanistas (SASSO, 1998: p. Viii y ss), pero también se refiere a la primera en términos de filosofía “academicista”. Por su parte, Pepe Santos es más creativo y nos propone oponer la “Filosofía en el Nuevo Mundo” vs. la “Filosofía de Nuestra América”. No es mi propósito complicar más las cosas así que bien puedo aceptar la etiqueta de «universalista», si bien la otra vereda creo que queda mejor caracterizada como «latinoamericanista».

Pasemos a un punto importante: quisiera defender que ese anunciado día en el que casi sin darnos cuenta nos íbamos a ver y a ser vistos como haciendo parte de la tradición filosófica occidental, sin más, nunca ha llegado para muchos de los que trabajamos en filosofía en América Latina, con muy pocas excepciones. Me imagino que ustedes estarán inmediatamente pensando en algunos filósofos, y quizás algunas filósofas, latinoamericanos/as que pertenecen a lo que en inglés se conoce como la «*main stream philosophy*», pero el punto clave es revisar DONDE trabajan esa personas. Lo que contaría como contraejemplo a mi afirmación sería un filósofo o filósofa que su trabajo haya tenido un impacto importante en algunas de las principales áreas de filosofía y QUE HAYA DESARROLLADO SU CARRERA PROFESIONAL EN UNA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA. Para este propósito, no contaría el que alguien haya estado trabajando en la «filosofía latinoamericana» a no ser que se quiera defender que ella es considerada como parte de los temas o áreas centrales de la filosofía occidental. Hay ciertos campos donde no se cumple lo que he dicho, y marcado por las limitaciones de lo que más conozco, señalaría a ciertos temas de la Filosofía del Derecho y por supuesto la

⁴ Esta polémica aparece referida en general pero con esta terminología en MIRO QUEZADA, 1974: 12.

⁵ De hecho, esta división aparece referida en general y usando esta terminología en MIRO QUEZADA, 1974: 12.

Lógica Paraconsistente; pero —como se dice— ellas serían «la excepción que confirma la regla».

Más adelante plantearé ciertas objeciones que puede tener mis afirmaciones, pero por el momento, si se me acepta mi diagnóstico, creo que conviene preguntarse: ¿por qué lo que nuestros profesores nos prometieron no se cumplió ni para ellos, ni para la generación educada por ellos en las mejores universidades latinoamericanas, y luego por filósofos reconocidos en destacadas universidades en Europa y Norteamérica?

Es interesante enfocarse en la generación que hoy tiene entre 40 y 60 años. Cuando he hablado de estos asuntos con académicos dedicados a la filosofía de América Latina y también de Europa o Norteamérica muchas veces he recibido respuestas simplistas: 1) ‘es muy temprano’, 2) ‘nosotros (o ustedes, según el caso) no trabajan lo suficientemente duro’, 3) ‘el problema es que el español o el portugués son nuestras (o vuestras) lenguas maternas’, 4) ‘no hay suficiente apoyo para la filosofía en las universidades latinoamericanas’, 5) ‘En América Latina no hay interés social en la filosofía’, 6) ‘la iglesia es todavía demasiado influyente en América Latina’. He recibido incluso respuestas sugiriendo, o incluso afirmando, que los latinoamericanos no son lo suficientemente inteligentes o suficientemente creativos, etc. A mi juicio todas estas respuestas resultan, al día de hoy, o falsas o bastante insuficientes para explicar lo que sucede y algunas de ellas son atroces.

Sobre esto se puede decir mucho de forma mucho más profunda. De hecho la primera parte del libro de Pepe Santos, llamada “Filosofía en el nuevo mundo” es una excelente recopilación de argumentos que se han dado en este sentido. Así mismo la exposición del libro de Sasso en el capítulo 3, llamado “La filosofía en el siglo XX latinoamericano: avatares de un proyecto normalizador”, presenta de forma muy concisa y relevante puntos centrales de esta polémica. Tiene citas de Romero y Miro Quezada que expresan de forma muy clara lo que se esperaba de la “normalidad filosófica” y los obstáculos que enfrentaba y enfrentaría, según algunos. Ambos son textos altamente recomendables y aquí ni siquiera tiene sentido tratar de resumirlos. Permítanme señalarles un par de «perlas» que están resaltadas en ellos:

Francisco Romero, en su famoso texto “Sobre la filosofía en América” de 1942, después de presentar lo que entiende como proyecto “normalizador”, dice:

La naciente filosofía tiene que ir mucho a la escuela todavía; y aun se le debe incitar a que prolongue la escolaridad, porque todas las precariedades —y mas las de la inteligencia— son peligrosas, y en los casos menos graves se resuelven en lamentables pérdidas de tiempo (SASSO, 1998: 144)⁶.

Por su parte, Miro Quezada (quien fue presidente de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía) en su libro de 1974 *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano*, (libro bastante conocido pero muchas veces denostado), plantea refiriéndose a la generación intermedia, la “forjadora”, es decir la que viene después de los por él llamados “patriarcas”, y antes de una tercera generación de los llamados “técnicos”, lo siguiente:

El proyecto latinoamericano de filosofar surge así como un proyecto de reparación [...] habrá de consistir en conquistar todas las condiciones necesarias para que la autentica creación filosófica pueda surgir algún día. La filosofía latinoamericana es posible, PERO SÓLO EN EL FUTURO [...] Este es el sentido verdadero y último del movimiento recuperativo [...] Filosofar auténticamente significa [...] ser capaz de plantearse los grandes problemas filosóficos de la misma manera como han sido capaces de plantearlos los europeos, y avanzar soluciones o ensayos de solución, de similar envergadura y alcance [...] Hacer filosofía autentica [...] significa llegar a pensar por sí mismo los grandes temas de la filosofía occidental, como resultado de un repensar, que signifique un comprender que trascienda el contenido comprendido [...] significa llegar a la creatividad a través de la total asunción del pensamiento ajeno (SASSO, 1998: 188)⁷.

Junto a las obras de Sasso y Santos, conviene destacar también el trabajo de Fernet-Betancourt, como su texto “La pregunta por la «Filosofía Latinoamericana» como problema filosófico”⁸. Fue publicado en 1992 y señala que:

... al tomarse el modelo europeo como paradigma universal para el quehacer filosófico, se parte del supuesto de que sin la correspondencia con ese modelo no puede haber filosofía. O sea, la pregunta misma carece de

⁶ Referencia original ROMERO [1942] 1952: p. 9.

⁷ Referencia original MIRO QUEZADA, 1974: 51 y 56.

⁸ Capítulo II del libro FORNET-BATANCOURT, 1992: 25-49.

sentido porque o bien en América Latina la filosofía sigue los cánones prescritos en el modelo europeo o bien no es filosofía (p. 29).

Lo cual calza muy bien con lo defendido por Miró Quezada en el texto antes citado. Luego Fornet-Betancourt hace una presentación y defensa de la filosofía de la liberación y trae la siguiente perla:

Señala que en la contraportada del libro *Hacia una filosofía de la liberación*, publicado en Buenos Aires en 1973, se dice lo siguiente:

Filosofía de la liberación entre nosotros es la única filosofía posible, que es lo mismo que decir que es la única filosofía posible entre nosotros. El pensar filosófico que no tome debida cuenta crítica de sus condicionamientos y que no se juega históricamente en el esclarecimiento y la liberación del pueblo latinoamericano es ahora, pero lo será mucho más en el futuro, un pensar decadente, superfluo, ideológico, encubridor, innecesario (FORNET-BETANCOURT, 1992: 45).

Bueno, no podía dejar de traerles esta cita, a pesar que estoy en profundo desacuerdo con ella. Como ya señale, no es mi interés aquí entrar en la ya vieja polémica sobre la filosofía latinoamericana y su oposición a otras formas de quehacer filosófico en América Latina. Pero hay una interconexión necesaria en la medida en que precisamente me estoy ocupando de esas otras formas de trabajar en filosofía en América Latina que no se encuadran, no participan, e incluso en algunos casos lo que más quieren es distinguirse de la llamada «filosofía latinoamericana».

Pues bien, nos decía Romero hace 70 años que la filosofía en América Latina “tenía que ir a la escuela”, y Miró Quezada que sólo en el futuro era posible hacer autentica filosofía en estas tierras. Entonces la pregunta es muy sencilla: ¿CUANDO? Frente a ello hay quienes dicen que ya ha sucedido, señalando algunos casos, e incluso algunos señalan que hace mucho y que eso muestra que Miro Quezada estaba equivocado. Es más, el propio Miró Quezada lo sugería con respecto a la tercera generación y en especial con respecto a una cuarta generación que se estaría desarrollando cuando él escribía eso. Pues bien, creo que nosotros somos esa cuarta o quizás quinta generación, y estoy dispuesto a defender que en ciertos aspectos se dio lo que Romero y Miro Quezada señalaban.

Efectivamente nuestra filosofía «fue a la escuela» y sin apresuramientos. El proceso de profesionalización al que me he referido antes fue precisamente eso, fue a la escuela primero en América Latina y después en

Europa y/o Norteamérica. Muchos volvieron para «hacer escuela» y la hicieron. Todos tuvimos excelentes profesores, que nos hicieron leer los grandes textos de la tradición occidental, nos incitaron a aprender sus idiomas y de ser posible viajar a esos lugares a «perfeccionarnos» (como les gusta decir en las universidades chilenas). Ahora bien, permítaseme aquí relatar una experiencia personal, pero creo que compartida por muchos otros. Esto puede parecer pedante, pero les pido algo de paciencia para que vean para donde voy. Al llegar a Europa me asombro lo poco que sabían de «filosofía europea y/o norteamericana» los estudiantes de pregrado, maestría, doctorado y, lo que era más impresionante, los profesores. Podría relatar varias anécdotas, pero solo señalaré que estaba en Inglaterra y con quienes interactuaba académicamente en la Universidad de Leeds tenían un conocimiento preciso de ciertas áreas de la filosofía anglosajona, pero sabían muy poco de otras áreas de filosofía, incluso anglosajona, y casi nada de filosofía en alemán y ni que decir de filosofía francesa. Después en la Universidad de Oxford tuve la oportunidad de interactuar además de con británicos con muy destacados estudiantes y profesores norteamericanos y algunos de otros países europeos, y la situación era aun peor: mucha intensidad en ciertas áreas o problemas (y muy excepcionalmente autores) y un vasto desconocimiento de otros autores y de otras tradiciones de la llamada «filosofía occidental». Me imagino que se podría decir: 'es que los ingleses y los norteamericanos...'. Pues bien, a partir de lo que he hablado con colegas que fueron a otros países yo conjeturo que ahí la situación no es muy diferente. ¿Cuánto saben las personas que estudian o trabajan en filosofía en Francia de la filosofía anglosajona o alemana actual? En el caso de Alemania parece que en los últimos tiempos han aprendido más de filosofía anglosajona. El punto clave es que muchos de los que se han graduado (en pregrado y magister) en filosofía en reconocidas universidades latinoamericanas y después han ido en los últimos veinte o treinta años a hacer doctorados en Europa o Estados Unidos, no creo que se hayan sentido en desventaja con relación a los estudiantes locales en cuanto a conocimiento de la «Filosofía Occidental» en general, otra cosa es en relación a algún aspecto específico de ella. Incluso muchas veces en temas o autores de su tradición más próxima al lugar en cuestión, resultaba notorio que se habían estudiado más en América Latina. Lo que señalo vale para muchos estudiantes latinoamericanos, pero también para otros como los españoles e italianos. Así pues, creo que en general el trabajo universitario en filosofía en América Latina «ha hecho la tarea» y la seguimos haciendo. Hemos «ido a la escuela», tal como nos pedía Romero.

Con respecto a la creatividad filosófica, también estoy dispuesto a defender que hay muchos colegas que son bastante creativos. Y lo digo a partir de la impresión que emerge de lo que he leído de ellos y lo que he escuchado en una gran cantidad de conferencias, charlas, congresos, seminarios, simposios, etc., etc. (De hecho, a veces creo que se nos pasa la mano en la organización de tanto evento), y muy especialmente basándome en la labor de selección de trabajos académicos para eventos en los cuales yo he participado en el proceso de selección de trabajos⁹. No estoy diciendo que todos seamos creativos, o muy creativos, o que lo seamos siempre, pero que entre nosotros hay creatividad filosófica no tengo duda. Ya pasaron los tiempos en que en las universidades en América Latina nos limitábamos a solamente hacer exegesis de textos extranjeros, si es que alguna vez fue así, y mucho menos en la gran cantidad de eventos académicos que organizamos en los distintos países latinoamericanos.

Siguiendo los términos de Miró Quezada, lo de “movimiento recuperativo” hace mucho tiempo se dio; lo de “repensar” resulta patente en la gran cantidad de producción de textos filosóficos, comenzando por las tesis de grado y maestría (magister), siguiendo por los artículos, proyectos de investigación, y llegando a los libros, compilaciones, etc. Ahora bien, lo de “pensar por sí mismo los grandes temas de la filosofía occidental”, a lo menos en las tesis doctorales (tanto en las aprobadas en América Latina como en Europa y Norteamérica) tendría que estar garantizado. Puede que no los “grandes temas” pero seguro que sí «temas de la filosofía occidental».

Volvamos sobre el problema central. A pesar que el proceso de “normalización” o “profesionalización” se llevo a cabo con éxito (incluso a veces pienso que se nos paso la mano), aún no nos hemos integrado notoriamente en el desarrollo de la filosofía occidental. Si se me permite tratar de expresarlo haciendo un símil al carnaval, diría yo que hacemos parte de la comparsa pero no del carro alegórico. Seguimos mayoritariamente acompañando algo que está pasando en otra parte, y cuando tratamos de marcar nuestro propio ritmo dentro de la música común, nadie o muy pocos nos acompañan. Y nosotros tampoco acompañamos al que esté en nuestra misma situación y que trate de marcar su propio rito. Todos estamos más pendientes de lo que nos van marcando adelante.

⁹ Para las tres versiones de nuestro congreso nacional, organizado por ACHIF, así como en todas las Jornadas Rolando Chuaqui desde 2004, y para el Encuentro de la Asociación de Filosofía e Historia de la Ciencia del Cono Sur AFHIC.

En este punto es importante señalar que no creo que la situación se pueda explicar simplemente refiriéndose a una situación colonial o de relación de dependencia. De hecho, en diversas ocasiones personas que trabajan en filosofía en el «norte» se «interesan» por lo que se hace en «otras partes», tales como América Latina, y cuando ven que la gente aquí leen los mismos libros y artículos, pero con atraso, hablan de los mismos autores y discuten los mismos problemas, se decepcionan bastante.

A este respecto resulta muy interesante ver el contenido de un *Companion* publicado por Blackwell sobre *Latin American Philosophy* (y editado por tres personas de origen latinoamericano pero que trabajan en universidades estadounidenses¹⁰). Y resulta aun más interesante compararlo con la aproximación que surge de una editorial española como Catedra en su también reciente *companion*, que traducen como guía o compañero, sobre *El Legado Filosófico Español e Hispanoamericano del siglo XX*¹¹, donde, dicho sea de paso, Eduardo Fermandois escribe el capítulo sobre Chile llamado “Mas filósofos que filosofía”, recogiendo así una famosa expresión de Humberto Giannini sobre la filosofía en Chile. Y el asunto se vuelve aún más revelador si los comparamos con otro libro de este tipo publicado el 2011 por Siglo Veintiuno en México y editado por Dussell, Mendieta y Bohorquez¹². Y ya para terminar no se puede dejar de mencionar la gran obra de Carlos Beorlegui llamada *Historia del pensamiento filosófico Latinoamericano*, publicado en Bilbao en 2004. Estos son, pues, 4 libros que tratan extensamente la filosofía en América Latina y/o Latinoamericana publicados en la última década. Es claro que hay bastante interés por lo que pasa filosóficamente en estas tierras, la diferencia está en QUÉ es lo que les interesa de lo que ha pasado.

Por otra parte, parece claro que en América Latina a veces nos hemos auto-impuesto la tarea de estar «actualizados» con lo que está sucediendo en el trabajo filosófico en algunos entornos destacados. Me parece que este propósito resulta en una tarea de tarea de nunca acabar: Siempre estamos «actualizándonos» pero siempre terminamos «atrasados». Ade-

¹⁰ NUC CETELLI, Susana / SCHUTTE, Ofelia / BUENO, Otavio (eds.) (2010): *A Companion to Latin American Philosophy*. Malden, MA, Oxford, Chichester: Wiley-Blackwell.

¹¹ GARRIDO, M. / ORRINGER, N. / VALDÉS, L. M. / VALDÉS, M. (coords.) (2009): *El Legado Filosófico Español e Hispanoamericano del siglo XX*. Madrid: Catedra.

¹² DUSSELL, E. / MENDIETA, E. / BOHORQUEZ, C. (eds.) (2011): *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y «latino» [1300-2000] Historia, Corrientes, Temas y Filósofos*. México: Siglo Veintiuno.

más creo que a estas alturas tenemos que asumir o reconocer que somos nosotros mismos los que nos imponemos esa tarea. Por decirlo en corto: ‘el agente colonial esta dentro de nosotros mismos’.

Quisiera traerles aquí un texto de Sasso donde caracteriza este proceso como “un afán normalizador paradójicamente incapacitado para alcanzar la normalidad” (FORNET-BETANCOURT, 1992: 222); en la penúltima página de su libro dice:

[...] la demanda tan comprensible de seriedad y competencia técnica se ha vuelto un obstáculo que imposibilita el acceso deseado y, si bien sería injusto decir que se perdió de vista que el filosofar tiene objetivos que no se identifican con el simple despliegue de sus destrezas prope-
deúcticas, no lo es sostener que el cumplimiento de esos objetivos —la situación que, precisamente, corresponde llamar normal— pasó a vivirse como algo a lo que sin duda hay que aspirar, pero que es siempre prematuro querer llevar a cabo en forma efectiva: la tierra prometida ha de ansiarse constantemente, pero nunca ser ocupada. **Con ello, esta manera de entender la práctica de la disciplina ha arriesgado encallar a perpetuidad en ejercicios doxográficos o divulgativos; que el riesgo no se haya vuelto catástrofe es merito, no tanto del proyecto en sí mismo (y menos aún de las —por así decirlo— ideologías sobre el filosofar que lo han acompañado), sino a la SENSATEZ de muchos de sus productores, quienes —felizmente— no han solido tomárselo al pie de la letra. Pero esa letra ha bastado para, en gran medida, provocar (por un lado) la polémica americanista y (por el otro) para aislar en gran medida a la comunidad filosófica normalizada de la normalidad cultural** (FORNET-BETANCOURT, 1992: 222 y s.).

Podría ahondar en el diagnostico que he presentado, pero en este punto quisiera referirme a respuestas que he recibido, a este tipo de planteamientos, o que se me ocurren como posibles. Seguro que ustedes tendrán más, pero permítanme anticiparme a algunas:

1) Seguro que más de uno planteará que este diagnostico no es correcto, para lo cual alegraría que hay muchas personas que trabajan en filosofía en América Latina y que hacen parte activa de los principales círculos filosóficos mundiales. Probablemente esa persona mencionaría algunos nombres. Frente a eso, en primera medida, tengo que recordar que estoy hablando de personas que trabajan en universidades de América Latina. En segunda medida, señalaría que no estoy diciendo que no hay nadie en absoluto, sino que muy mayoritariamente la situación es como la descri-

bo. Para apoyar mi diagnóstico les propongo un “indicador” —como se suele decir ahora—: En los últimos cuatro congresos mundiales de filosofía cuantas personas trabajando en Filosofía en América Latina fueron invitado para hacer parte de la instancias principales de estos congresos: las sesiones plenarias, las conferencias especiales y los simposios.

En el de este año en Atenas, solo una profesora mexicana. Juliana González, participo como moderadora en una plenaria y también Evandro Agazzi, que siendo italiano aparece asociado a una Universidad Mexicana, (y que también fue presidente de la FISP). Aparte de eso estuvo Alberto Cordero en una plenaria, que es peruano pero trabaja en EE. UU. Nadie en las conferencias y nadie en los simposios. **Es decir de un total de 40 personas invitadas a hacer una ponencia plenaria (o semi-plenaria) solo había un latinoamericano pero que trabaja en EE. UU. Y de los 12 moderadores, 2 personas asociadas a México.**

En el 2008 en Corea, no he tenido acceso al programa, pero si a las ponencias que se incluyeron como “Selected Papers” en un suplemento especial de la *Journal of Philosophical Research*. Ahí de los 35 trabajos seleccionados, uno es de Enrique Dussel y otro de Evandro Agazzi (y aparece asociado a México). **2 de 35.**

En el del 2003 en Estambul, nadie en las plenarias, Agazzi dio una de las conferencias especiales, pero entonces solo aparecía su vinculación con Italia, y en los simposios estuvo Osvaldo Guarilia de Argentina como moderador. **Es decir de 2 de los 41 invitados especiales.**

El único en el que la cosa cambia un poco es en el de Boston de 1998. Ahí, Eduardo Rabossi de Argentina y Leon Olive de Mexico dieron una plenaria, nadie en las conferencias especiales, y en los simposios de nuevo Agazzi (pero aparece como italiano), Ricardo Maliandi de Argentina y como moderadora Margarita Vades de México. Es decir **3 de 45**. En este congreso también tengo el dato de todos los “invited speakers”, que son distintos a todos los señalados antes, estos fueron **121, de los cuales 5** aparecen vinculados a América Latina.

Hay que señalar que el Congreso de 1963 se celebó en México, pero no he podido obtener información más detallada, pero es de suponer que hubo un mayor porcentaje de personas vinculadas a América Latina entre los conferencistas invitados. Hasta aquí mi recuento de los Congresos Mundiales de Filosofía.

Les propongo otro “indicador” pero del cual no tengo ningún dato. ¿Cuántos libros de filosofía publicados originalmente en español (o portugués) se habrán traducido al inglés, francés, alemán, e incluso italiano en los últimos 20, 30 o 50 años?

Mi indicadores son parciales pero creo que significativos, pasemos a la siguiente posible respuesta a mi diagnóstico.

2) Muchas personas pueden decir que lo que señalo no es un problema, que por qué tenemos que estar aspirando a estar “en las ligas mayores”. Para decirlo utilizando una expresión chilena: ‘Hacemos lo que podemos y si no nos pescan, qué importa?’ Pensando en esta posición se me ocurrió que alguien pudiera hacer una analogía con lo que sucede en la así llamada música clásica (también llamada culta o académica), vamos a ver como les parece. En América Latina tenemos muchos músicos dedicados a ser intérpretes de música clásica, muchas orquestas, algunas muy buenas, algunos solistas muy destacados y ciertos directores de orquesta de “rango internacional” que generalmente trabajan en orquestas de países del norte y que ocasionalmente viene a sus tierras natales. Pues bien, el catalogo de las obras que se suele interpretar en Europa, Norteamérica y América Latina es bastante semejante y está absolutamente dominado por compositores europeos, hay algunos norteamericanos y muy excepcionalmente se interpretan obras de autores latinoamericanos como Villalobos y Piazzolla, y quizás Kagel. De vez en cuando en las salas de conciertos en América Latina se programan obras de otros compositores latinoamericanos, igual que en otras partes ocasionalmente se programan a compositores “locales” o de un origen específico. Podría incluso alargarse la analogía, aunque esto es más problemático, y decir que interpretar bien a Beethoven es cómo explicar bien a Kant, y no tengo duda que hemos tenido y tenemos profesores que explican muy bien a Kant. Dejo esta extensión de la analogía solo sugerida, pues sin lugar a dudas da para mucha discusión.

Frente a esto podría decir varias cosas, pero me voy a limitar a dos: A) En música clásica a nivel mundial suele hacerse el reclamo de que el catalogo de las salas de concierto es muy conservador y que se ha quedado limitado a las “grandes figuras del pasado”, dando muy poco espacio a compositores contemporáneos (Por ejemplo, piensen ustedes si se les viene a la cabeza los nombres de 5 compositores cuyas obras se hayan estrenado en los últimos 30 años). Pues bien, en filosofía a nivel mundial pasa un poco de eso pero menos; la incesante producción filosófica y la publicación no solo en revistas especializadas sino también de obras

filosóficas recientes por editoriales importantes son una muestra de ello. Por decirlo en corto: hay un cierto grado de apetencia por “novedades” filosóficas. B) A pesar de no ser tan conocidos como los tres compositores latinoamericanos antes mencionados, en las últimas décadas ha habido un número importante de compositores latinoamericanos. De hecho en el artículo de Wikipedia en español llamado “Música Académica del siglo XX” tiene una sección especial para los compositores latinoamericanos, donde se mencionan a 52 que habrían alcanzado “reconocimiento internacional”. En la misma Wikipedia en español (nótese) en el apartado de filosofía en el siglo XX, del artículo filosofía, no se menciona a ningún latinoamericano. Dejemos hasta ahí esta analogía y pasemos a otra posible respuesta pero que está relacionada con esta.

3) Posiblemente hay quienes creen que lo que he señalado es cierto pero que hace parte de un marco mucho más amplio de dependencia cultural y toda una serie de otros fenómenos asociados a ella. En el libro de Pepe Santos están muy bien presentadas distintas visiones que se han planteado históricamente en este sentido. Los remito a él. Aquí me limitare a señalar que el problema es que en el conjunto de la cultura latinoamericana quizás la filosofía es la que muestra más esos rasgos de “dependencia”. Una era la situación en los años 30 o 40, y otra muy diferente es la de principios del siglo XXI. Hemos pasado por el boom de la literatura latinoamericana, del arte latinoamericano, y muy especialmente por un sostenido desarrollo en las ciencias sociales. Puede que ninguna de ellas pueda mostrar no tener grados importantes de “dependencia” pero la pregunta que creo que hay que hacerse es porque la filosofía esta tan atrás. Salazar Bondy decía: “La superación de la filosofía esta, así íntimamente ligada a la superación del subdesarrollo y de la dominación, de tal manera que si puede haber filosofía autentica ella ha de ser fruto de este cambio histórico trascendental.” (FORNET-BETANCOURT, 1992: 42) Sospecho que muchas personas pueden estar de acuerdo, explícita o implícitamente, con argumentos de este tipo. Frente a ello yo preguntaría dos cosas. a) ¿Por qué el subdesarrollo no ha pesado tanto en otras disciplinas o áreas de la cultura, tales como las señaladas? b) Por que la filosofía no se ubica a la vanguardia de la superación de la dependencia, como cualquier persona no vinculada a la filosofía tendría la tendencia a esperar, y por el contrario en la gran mayoría de los caso se ubica en una retaguardia que lo que hace es agravar el problema del subdesarrollo —utilizando este nefasto termino—. Estimo que en los últimos 50 años las condiciones materiales han cambiado bastante en relación al quehacer

filosófico, pero el problema está más por las condiciones mentales, y en este sentido será la propuesta que les hare a continuación.

Bueno, no seguiré aventurando posibles respuestas a mi diagnóstico sino que pasaré a la parte más propositiva de esta conferencia. Como se ha visto estimo que salvo en muy contadas excepciones las personas que trabajamos en filosofía en las Universidades Latinoamericanas no alcanzamos eso que se puede llamar «reconocimiento internacional» por fuera del ámbito latinoamericano. Conviene recordar que no valen como contraejemplos los que teniendo origen en América Latina han desarrollado la parte principal de su carrera académica trabajando en universidades de países del norte, es decir no son contraejemplos de lo que he señalado personas como Hector-Neri Castañeda, Mario Bunge, Ulises Moulines, Alfonso Gómez Lobo, Jorge Gracia, solo para mencionar algunos, y muchos otras más jóvenes. Las razones pueden ser muchas y probablemente nunca vamos a llegar a un mínimo consenso sobre ellas. Pero más que ahondar en ellas me parece más productivo ser realistas y reconocer que esa ES la situación. Aquí termina la parte más descriptiva de esta conferencia. El siguiente paso que quiero dar es decir que, sean cuales sean las razones o motivos que generan esta situación, ellos son muy gravitantes y no creo que la situación vaya a cambiar en los próximos 10, 20 e incluso 30 años. Obviamente esto es una conjetura y vale lo que valen las conjeturas sobre el futuro, pero quien tenga la conjetura contraria tendría que señalar que es lo que cree que podría pasar y que cambiaría notoriamente la situación. Desde los años 30 se ha estado esperando que cambie la situación. De hecho, Alfonso Reyes en 1936 en un evento de “Cooperación Intelectual” en Buenos Aires, decía lo siguiente:

Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación e igualdad. Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituareis a contar con nosotros (FORNET-BETANCOURT, 1992: 33).

Han pasado varias generaciones. Esa predicción no se cumplió para la generación de nuestros profesores y tampoco está pasando con nuestra generación. Y no veo que por el camino que vamos vaya a pasar algo que modifique substantivamente la situación en las próximas décadas.

Si ese «reconocimiento internacional» resulta tan esquivo o inexistente, una opción que emerge necesariamente es poner el énfasis en el

ámbito latinoamericano e incluso agregar a España y/o Portugal. Muchos han optado por ese camino y creo que nos ha hecho muy bien. Tenemos la regularidad de los congresos interamericanos y los iberoamericanos, y muchos otros eventos académicos donde nos juntamos, nos conocemos, discutimos, etc. Quizás la mejor expresión de los resultados que ha producido esta opción es que el proyecto de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía iniciado en 1992 este llegando a su conclusión habiendo terminado los treinta y tantos tomos proyectados.

Pero cuando se habla de focalizarnos en el trabajo filosófico en América Latina y en la Península Ibérica, rápidamente detectamos ciertos *problemas estructurales*. El primero de ellos es que nosotros mismos no valoramos suficientemente el trabajo filosófico que hacemos en América Latina, y también en España y Portugal, lo cual es muy cierto. De hecho inmediatamente se me viene a la mente la imagen de dos destacados filósofos de la ciencia de origen latinoamericano y que son muy emblemáticos de esa actitud, y de un profesor de filosofía alemana muy reconocido en Colombia. Cada uno tendrá sus propios casos «ejemplares».

Otro problema es que no nos leemos entre nosotros o no lo hacemos suficientemente. Muchas veces se ha dicho que las cosas podrían cambiar si nos leyéramos más. Pero el hecho es que a pesar de esos buenos deseos lo hacemos muy poco. Sin embargo, hay personas que no están de acuerdo que TENDRIAMOS que hacer tal cosa. Ellas probablemente consideraran que sería bueno que lo hiciéramos, pero siempre que valiera la pena hacerlo, por lo cual no estarían de acuerdo en ese «tener que hacerlo». Pero creo que un grupo importante de académicos latinoamericanos estarían de acuerdo en que «habría que hacerlo», pero en la práctica terminan no haciéndolo o haciéndolo muy poco. Creo que aparte de que se trata de ir en contra de una tendencia muy asentada históricamente, hay otro factor muy importante. En efecto, muchos de los mecanismos de promoción de las carreras académicas, de obtención de proyectos de investigación, de referato para publicaciones especializadas y para la participación en los eventos académicos, van bastante en contravía de ese propósito, y cada vez es peor. Se exige publicaciones que sean en revistas que estén incluidas en índices como las ISI, que sean en «revistas internacionales» y se reconoce como tales casi solo a las que están escritas en otros idiomas, etc., etc. No voy a profundizar más en el punto, pues es una situación que todos conocemos.

Permítaseme sí decir unas palabras sobre los idiomas. Desde hace mucho tiempo ha habido quienes plantean que deberías publicar en otros

idiomas, lo cual en las últimas décadas se ha ido convirtiendo en que publiquemos en inglés. Muy recientemente se ha vuelto a generar una polémica al respecto, con la insistencia de ciertos filósofos de las nuevas generaciones que insisten en que deberíamos publicar en inglés, e incluso realizar nuestros eventos académicos en América Latina en inglés; que solo así nuestro trabajo podrá «ser conocido en el mundo», y que si no lo hacemos que después no reclamemos que nuestro trabajo no tenga «impacto internacional» por fuera de América Latina. Frente a ello se ha dicho mucho, y aquí solo quisiera agregar que parece que no basta con publicar en inglés, sino que tiene que ser en una revista «importante». Para que ello suceda, aparte de escribir en inglés, hay que escribir sobre los temas, autores y problemas que a los comités editoriales de esas revistas les parecen relevantes. Y para estar al tanto de eso el mejor mecanismo es trabajar en el mismo ambiente académico donde trabajan los miembros de esos comités editoriales. Además se requiere de una gran cantidad de «contactos» de esos que se van generando cuando se comparte un entramado profesional. No digo que no se pueda hacer a la distancia, pero resulta muy difícil. Hay quienes lo logran, por un tiempo, pero sostener esa situación es tarea de mayor envergadura, y sobre todo hay que tener presente que siempre se va a estar en desventaja con relación a los que trabaja en universidades más directamente vinculadas a todo ese «*network*».

Con respecto a lo del idioma hace poco le escuche decir a Celia Sánchez que Dussel decía que “publicar en español era una forma de mantenerse inédito” (cf. SÁNCHEZ, 2013).

Para concluir quisiera señalarles cuál me parece que es el principal problema que le veo en el quehacer filosófico en América Latina y hacerles una propuesta para contrarrestar algo ese problema, al menos en nuestro país. Es muy cierto que no valoramos suficientemente el trabajo de nuestros colegas latinoamericanos, que nos leemos muy poco, pero todo eso se refleja en algo que constituye un problema estructural: en nuestro trabajo investigativo en filosofía no nos ocupamos del trabajo que hacen otros colegas de nuestro amplio entorno académico-cultural. Salvo excepciones, no hacemos parte de nuestro trabajo por escrito el exponer, analizar, discutir, rebatir, desarrollar el trabajo de nuestros colegas latinoamericanos. Esto no es lo mismo estudiar las obras del pasado de latinoamericanos, lo cual también desgraciadamente lo hacemos muy poco y cuando lo hacemos tenemos una tendencia apologética que no le ayuda al trabajo filosófico, pues la tarea no solo sería decir lo bueno que tienen, sino también discutir con ellos, ser críticos con sus planteamientos. A lo

que me refiero ahora es trabajar sobre los textos que escriben todos esos colegas con los que nos encontramos en los diversos encuentros académicos, en los cuales sí escuchamos a nuestros colegas y discutimos con ellos, y luego incluso nos entregamos los textos. Pero lo que no sucede es que cuando volvamos a la soledad de nuestros escritorios decidamos ponernos a escribir sobre lo que esos colegas han dicho o escrito. Hacemos gran parte de la tarea, pero nos hace falta esa última parte que es la que permite que se vaya generando una comunidad de investigadores con perdurabilidad en el tiempo. Y, quiero resaltar que aquí no necesariamente estoy hablando de ocuparse de las ideas «originales» del colega. Les pongo un ejemplo: incluso si alguien está trabajando sobre un autor muy conocido, digamos Platón, cuando vaya a escribir sobre su obra es de esperarse que además del texto original tenga en cuenta los comentaristas. Pues bien, creo cambiaría algo la situación de la Filosofía en América Latina si cada vez que se vaya a escribir sobre Platón el trabajo también se refiera explícitamente, se ocupe y discuta sobre lo que hayan dicho otros colegas latinoamericanos sobre el punto o aspecto que se esté tratando. Solo eso ya sería un gran paso. Y luego si lo hiciéramos mas sistemáticamente, sospecho —espero— que estaríamos cambiando la aproximación al trabajo filosófico en América Latina. Y si luego ese colega que se ha comentado contesta por escrito, aclara, contra-argumenta, rebate, etc., etc., las cosas cambiarían aún más. Y si luego alguien más entra a terciar en el debate, bueno, así iríamos formando una comunidad activa filosóficamente.

Como es obvio, no puedo anticipar hasta donde llegaría todo esto, pero si estoy seguro que nuestro labor de escribir resultaría bastante más atractiva y enriquecedora, incluso cuando fuera solo para «pelear» con los colegas. A veces creo que parte del problema es que ni siquiera peleamos con los colegas por escrito: cuando consideramos que algo es malo simplemente lo dejamos de lado y nos dedicamos a leer y eventualmente escribir sobre algún texto escrito originalmente en otro idioma. Se me antoja que normalmente estamos en una situación semejante a la narrada en *El Coronel no tiene quien le escriba*, en el sentido que escribimos textos, los enviamos y nadie o casi nadie nos contesta. Después escribimos otros y así continuamos un hipotético dialogo en el cual no tenemos interlocutores concretos. Dice García Marquez que “se escribe para que lo quieran más los amigos”, pues bien me da la impresión que cada vez más escribimos para tener una línea más en el curriculum (CV) y para que nos quieran más los anónimos evaluadores de proyectos y de publicaciones. En breve: una vez más el medio se ha convertido en el fin. Muchas veces se dice que el problema de los escritos de filosofía es que le escribimos a

los colegas, pero en América Latina ni siquiera ese sucede, excepto al anónimo colega que cumple la función de referee en una revista o que evalúa un proyecto. En cambio si articuláramos una comunidad de interacción sobre los temas que a varios de nosotros nos interesan, y que este proceso resulte plasmado por escrito, estaríamos potenciando nuestro trabajo filosófico y no solo en el ámbito investigativo, sino también en nuestro rol como profesores y posiblemente como intelectuales. Ahora bien, es claro que no hay razón para que esta comunidad sea sólo entre personas que comparten la misma lengua, pero si resulta bastante más fácil. Qué duda cabe que sería muy deseable que hicieran parte de estos entornos de discusión colegas que estuvieran trabajando en lugares distinto a América Latina, pero aspirar a eso no nos puede llevar a perder lo que tenemos más al alcance de la mano. Aquí se puede aplicar algo que decía mi abuelo: lo mejor es enemigo de lo bueno.

Se habrán dado cuenta que durante esta conferencia no he sido particularmente elogioso de los autores de la llamada «filosofía latinoamericana», pero en este punto hay que ser justos. Algo que sin duda hacen es leerse entre ellos, se citan, discuten los planteamientos de los otros, y las diferencias que tienen, que son bastantes, las expresan por escrito y lo hacen manteniendo bastante rigor académico. Una excelente muestra de ello es el libro que publicó Fonet-Betancourt en España en el 2004 (cf. FORNET-BETANCOURT, 2004). Ahí él plantea su posición sobre la interculturalidad y hace una crítica de la filosofía latinoamericana reciente, lo cual va seguido por las respuestas que le dan Dussel, Roig, Scannone y Villoro.

Termino con una propuesta que hice para el próximos congresos nacionales de filosofía, para que esto no quede una vez más en la expresión de buenos deseos. Pedir en la convocatoria que todas las ponencias hagan referencia a por lo menos dos textos de autores latinoamericanos o ibéricos y, de ser posible, a uno que esté vinculado con nuestro país. Es algo sencillo, fácil de hacer y que puede generar un impacto. Es cierto que no se puede obligar a la gente, pero si al menos incitarla fuertemente. No es mucho pedir, y creo que puede contribuir a sobrellevar parte de la pesada carga de dependencia que llevamos sobre y dentro de nosotros.

Referencias bibliográficas

- DUSSELL, E. / MENDIETA, E. / BOHORQUEZ, C. (eds.) (2011): *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y «latino» [1300-2000] Historia, Corrientes, Temas y Filósofos*. México: Siglo Veintiuno.
- FORNET-BETANCOURT, Raúl (2004): *Crítica intercultural de la Filosofía Latinoamericana Actual*. Madrid: Trotta.
- FORNET-BETANCOURT, Raúl (1992): *Estudios de Filosofía Latinoamericana*. México: UNAM.
- GARRIDO, M. / ORRINGER, N. / VALDÉS, L. M. / VALDÉS, M. (coords.) (2009): *El Legado Filosófico Español e Hispanoamericano del siglo XX*. Madrid: Cátedra.
- GRACIA, Jorge y JAKSIC, Ivan (eds.) (1988): *Filosofía e Identidad cultural en América Latina*. Caracas: Monte Avila.
- MIRO QUEZADA, Francisco (1974): *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MIRO QUEZADA, Francisco (1988): «El problema de la Filosofía en América Latina» en Gracia, Jorge y Jaksic, Ivan: *Filosofía e Identidad cultural en América Latina*. Caracas: Monte Avila; pp. 399-423.
- NUCCETELLI, Susana / SCHUTTE, Ofelia / BUENO, Otavio (eds.) (2010): *A Companion to Latin American Philosophy*. Malden, MA, Oxford, Chichester: Willey-Blackwell.
- SÁNCHEZ, Cecilia (2013): *El conflicto entre la letra y la escritura. Legalidades/contralegalidades de la comunidad de la lengua en Hispano-América y América Latina*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- SANTOS, José (2010): *Conflicto de Representaciones*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- SASSO, Javier (1998): *La filosofía latinoamericana y las construcciones de su historia*. Caracas: Monte Avila Editores.